

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

11 de febrero de 2024



Cultivar
la alegría por la
propia existencia

Instrucciones del Papa a los futuros sacerdotes de la Archidiócesis de Madrid

La Eucaristía es el centro de la vida del Seminario

La Eucaristía está en el centro de la vida de los seminarios. Así lo ha explicado el Papa Francisco a los seminaristas de la archidiócesis de Madrid recibidos en audiencia la mañana del sábado 3 de febrero, en la Sala Clementina. Publicamos, a continuación, el discurso en español del Pontífice para la comunidad madrileña, encabezada por el cardenal arzobispo José Cobo Cano.

Querido hermano, queridos seminaristas:

Nos encontramos aquí gracias a una feliz coincidencia, don José, Su Eminencia, tomará posesión de la iglesia de Santiago y Monserrat, que conjuga en sus santos titulares la fe apostólica y el amor a María que caracteriza toda España.

Y don José viene además acompañado de su tesoro más preciado, que sois vosotros, su seminario. Muchos santos obispos de España se han confrontado con la difícil realidad en la que se encontraban sus Iglesias, y han pensado en el seminario como el lugar donde su sueño pastoral podía echar raíces sólidas y expandirse. En realidad, si queremos hacer Iglesia, Cuerpo de Cristo, es fácil pues como dijo Dios a Moisés, sólo tenemos que fijarnos el modelo que vimos en el monte (cf. Ex 26,30), el Cristo Trasfigurado presente en la Eucaristía.

Me viene a la mente un dicho de uno de estos santos obispos, que seguramente conocéis, él quería «un seminario en el que la Eucaristía fuera: en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro y la primera asignatura; en el disciplinar el más vigilante inspector; en el ascético el modelo más vivo; en el económico la gran providencia; y en el arquitectónico la piedra angular» (San Manuel González, *Un sueño pastoral*).

Vamos a repasar estos puntos para poner a Dios al centro, es decir, para dejar que sea Él el cimiento, el proyecto y el arquitecto, piedra angular. Eso sólo se consigue con la adora-



ción. Jesús —nos dice nuestro santo— nos hará de pedagogo, paciente, severo, dulce o firme según necesitemos en nuestro discernimiento, porque nos conoce mejor que nosotros mismos, y nos espera, anima y sostiene en todo nuestro caminar. Es nuestro mayor estímulo, pues hemos consagrado nuestra vida a seguirle. Me parece crucial que en lo científico san Manuel una el ser maestro con el ser la asignatura. Dios quiere dar a su Pueblo pastores según su corazón (cf. Jer 13,15), de Jesús no aprendemos cosas, lo acogemos, lo aferramos a Él mismo, para poder llevarlo a los demás. Y la gran lección que el Señor nos da es la humildad, el haberse hecho carne, tierra, hombre, humus por nosotros, por amor. Y en esta asignatura no hay otro ejemplo que Él mismo; de otras virtudes y circunstancias Jesús presentará parábolas, comparaciones, higueras, semillas o tormentas, pero

la gran lección de su vida sólo la podemos aprender del que es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29).

Para la disciplina, confrontarnos con la Eucaristía cada mañana —el más vigilante inspector— nos hace recapacitar en la futilidad de nuestras ideas mundanas, de nuestros deseos de ascender, de aparecer, de destacar. El que es inmenso se hace don total de sí mismo y en mis manos antes de comulgar me interpela: ¿te has reconciliado con tu hermano? ¿te has vestido el traje de fiesta? ¿estás preparado para entrar en mi banquete eterno?

Hasta ahora hemos visto discernimiento, ciencia y vigilancia; seguro que son facetas clave en vuestro seminario, pero de nada valdrían sin la ascesis, copiar un modelo, supone un esfuerzo, hacer una obra de arte necesita inspiración, pero también trabajo, Jesús no lo rehuyó. Es necesario entrar en el desierto, para que

Él nos hable al corazón, si este está colmado de mundanidad, de cosas, por más que se puedan llamar “religiosas”, Dios no encontrará sitio, ni nosotros le oiremos cuando llame a nuestra puerta. Por ello silencio, oración, ayuno, penitencia, ascesis son necesarios para liberarnos de lo que nos esclaviza y ser todo de Dios. Y esto no sólo para adentro, también hacia fuera, en el trabajo, en los proyectos, abandonándonos en Jesús, el Señor será la gran providencia, dejemos que sea Él quien plantee y ejecute, pongámonos sólo a sus órdenes con docilidad de espíritu.

Queridos hermanos, tengan confianza en quien les ha llamado para esta hermosa tarea, y póstranse en adoración para poder construir con docilidad el templo de Dios en sus personas y en sus comunidades. Y cuando comulguen y algún día cuando celebren, no dejen de rezar por mí. Muchas gracias.

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalerunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo@spc.va

El Papa al Tribunal de la Rota Romana con motivo de la inauguración del año judicial

Juzgar con prudencia y justicia, libres de cualquier prejuicio

Juzgar con prudencia y justicia, libres de cualquier prejuicio: esta es la consigna que el Papa Francisco ha confiado a los prelados oyentes, a los oficiales y a los colaboradores del Tribunal de la Rota Romana recibidos en audiencia en la Sala Clementina, la mañana del jueves 25 de enero, con motivo de la inauguración del año judicial. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

¡Queridos prelados auditores!

Me complace recibirlos, como todos los años, junto con los que trabajan en el ámbito de este Tribunal Apostólico. Agradezco al decano y a todos vosotros el valioso servicio que prestáis al ministerio petrino en orden a la administración de la justicia en la Iglesia.

Hoy quisiera reflexionar con vosotros sobre un aspecto capital de este servicio, un aspecto sobre el que he vuelto a menudo, también con un ciclo de catequesis, es decir, el tema del discernimiento. Pretendo centrarme en ese discernimiento específico que os corresponde realizar en el ámbito de los procesos matrimoniales, sobre la existencia o no de los motivos para declarar la nulidad de un matrimonio. Pienso en vuestro juicio colegiado en Rota, en el realizado por los tribunales colegiados locales o, cuando esto no fuera posible, por el juez único asistido quizás por dos asesores, así como en la sentencia emitida por el mismo Obispo diocesano, especialmente en los procesos más breves, consultando con el instructor y el asesor.

Es un tema siempre actual, que también ha afectado al ámbito de la reforma implementada de los procesos de nulidad matrimonial, así como a la pastoral familiar, inspirada en la misericordia hacia los fieles que se encuentran en situaciones problemáticas. Por otra parte, la abolición del requisito de una doble sentencia conforme en las causas de nulidad, la introducción del proceso más breve ante el Obispo dioce-

sano, así como el esfuerzo por agilizar y hacer más accesible la actuación de los tribunales, no deben ser malentendidos y nunca debe faltar la exigencia de servir a los fieles con un ministerio que les ayude a captar la verdad sobre su matrimonio. Es un servicio, es un servicio que damos. Como afirmé en el proemio del Motu proprio *Mitis iudex Dominus Iesus*, la finalidad es favorecer «no la nulidad de los matrimonios, sino la celeridad de los procesos y, no en menor medida, una adecuada simplificación, de modo que, a causa de un retraso en la definición del juicio, el corazón de los fieles que esperan la clarificación del propio estado no quede largamente oprimido por las tinieblas de la duda». Por eso, siguiendo los pasos de mis Predecesores, he querido «que las causas de nulidad sean tratadas por vía judicial, y no administrativa, no porque lo imponga la naturaleza de la cosa, sino más bien porque lo exige la necesidad de tutelar en el máximo grado la verdad del vínculo sagrado: y eso se asegura precisamente con las garantías del orden judicial». Al mismo tiempo, haber subrayado la importancia de la misericordia en la pastoral familiar, como hice en particular con la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*¹, no disminuye nuestro compromiso en la búsqueda de la justicia en lo que respecta a las causas de nulidad. Por el contrario, precisamente a la luz de la misericordia, hacia las personas y sus conciencias, es importante el discernimiento judicial sobre la nulidad. Posee un valor pastoral insustituible y se integra armónicamente en el conjunto de la atención pastoral debida a las familias. Se realiza así lo afirmado por Santo Tomás de Aquino: «La misericordia no quita la justicia, sino que es una plenitud de la justicia»².

Como bien sabéis por vuestra experiencia, la tarea de juzgar a menudo no es fácil. Alcanzar la certeza mo-

ral sobre la nulidad, superando en el caso concreto la presunción de validez, implica llevar a cabo un discernimiento al que se ordena todo el proceso, especialmente la instrucción. Este discernimiento constituye una gran responsabilidad que la Iglesia os confía, porque influye fuertemente en la vida de las personas y de las familias. Hay que afrontar esta tarea con valentía y lucidez pero, ante todo, es decisivo contar con la luz y la fuerza del Espíritu Santo. Queridos jueces, sin oración no se puede ser juez. Si alguien no reza, por favor, dimita, es mejor así. En el *Adsumus*, la hermosa invocación al Paráclito que se recita en las reuniones de vuestro Tribunal, se dice: «Estamos aquí ante ti, Espíritu Santo, todos estamos reunidos en tu nombre. Ven a nosotros, asiste, desciende a nuestros corazones. Enséñanos tú lo que debemos hacer, muéstranos tú el camino a seguir todos juntos. No permitas que nos sea dañada la justicia, no nos haga desviar la ignorancia, no nos haga parciales la simpatía humana, porque somos una sola cosa en ti y en nada nos desviamos de la verdad». Recordemos siempre esto: el discernimiento se hace “de rodillas” -y un juez que no sabe ponerse de rodillas es mejor que dimita-, implorando el don del Espíritu Santo: solo así se llega a decisiones que van en la dirección del bien de las personas y de toda la comunidad eclesial.

La objetividad del discernimiento judicial requiere estar libre de cualquier prejuicio, tanto a favor como en contra de la declaración de nulidad. Esto implica liberarse tanto del rigorismo de quien pretendería una certeza absoluta como de una actitud inspirada en la falsa creencia de que la mejor respuesta siempre es la nulidad, lo que San Juan Pablo II llamó el «riesgo de una compasión mal entendida [...] solo aparentemente pastoral». En realidad -pro-

sigue el Papa- «los caminos que se desvían de la justicia y de la verdad terminan contribuyendo a alejar a las personas de Dios, obteniendo el resultado opuesto a lo que de buena fe se buscaba»³.

El discernimiento del juez requiere dos grandes virtudes: la prudencia y la justicia, que deben ser informadas por la caridad. Existe una conexión íntima entre prudencia y justicia, ya que el ejercicio de la *prudencia iuris* tiene como objetivo el conocimiento de lo que es correcto en el caso concreto. Una prudencia, por lo tanto, que no se refiere a una decisión discrecional, sino a un acto declarativo sobre la existencia o no del bien del matrimonio; por lo tanto, una prudencia jurídica que, para ser verdaderamente pastoral, debe ser justa. El discernimiento justo implica un acto de caridad pastoral, incluso cuando la sentencia fuera negativa. Y también un riesgo.

El discernimiento sobre la validez del vínculo es una operación compleja, respecto a la cual no debemos olvidar que la interpretación de la ley eclesial debe hacerse a la luz de la verdad sobre el matrimonio indisoluble, que la Iglesia custodia y difunde en su predicación y en su misión. Como enseñó Benedicto XVI, «la interpretación de la ley canónica debe tener lugar en la Iglesia. No se trata de una mera circunstancia externa, ambiental: es una referencia al mismo humus de la ley canónica y de las realidades reguladas por ella. El sentire cum Ecclesia tiene sentido también en la disciplina, a causa de los fundamentos doctrinales que están siempre presentes y operantes en las normas legales de la Iglesia»⁴. Esto os pido a vosotros, jueces: sentir con la Iglesia. Y os pregunto a cada uno de vosotros: ¿Vosotros rezáis para sentir con la Iglesia? ¿Sois humildes en la oración, pidiendo luz al Señor, para sentir con la Iglesia? Vuelvo a esto: la oración del juez es esencial para

su tarea. Si un juez no reza o no puede rezar, mejor que vaya a hacer otro oficio.

Por último, quisiera recordar que el discernimiento sobre la nulidad es sostenido y garantizado por su ser sinodal⁵. Cuando el tribunal es colegiado, como suele ser el caso, o cuando hay un único juez pero consulta con quien le corresponde, el discernimiento se lleva a cabo en un clima de diálogo o discusión, en el que la franqueza y la escucha mutua son fundamentales, para una búsqueda común de la verdad. También es un estudio previo y serio. Como ya he dicho, en este servicio es esencial invocar al Espíritu Santo, mientras nos comprometemos a poner en práctica todos los medios humanos para averiguar la verdad. Por eso es importante que la instrucción se lleve a cabo con cuidado, para no incurrir en un juicio apresurado y apriorístico, así como es necesario que, para cumplir adecuadamente su *munus*, el juez cultive su formación permanente mediante el estudio de la jurisprudencia y la doctrina jurídica. Corresponde a vosotros, queridos prelados auditores, una responsabilidad especial en el juicio: por eso os encomiendo la docilidad al Espíritu Santo y la disponibilidad para ser en todas las circunstancias agentes de justicia. Confío vuestro trabajo a María Santísima, *Virgo prudentissima* y *Speculum iustitiae*, y de corazón os bendigo. Por favor, no se olviden de rezar por mí, ¡porque este trabajo no es fácil! A veces es divertido, pero no es fácil. Gracias.

1 cf. Sobre todo el capítulo VIII.

2 *Summa Theologiae*, I, q. 21, a. 3, ad 2. Cfr. Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 311.

3 *Discurso a la Rota Romana*, 18 de enero de 1990, n. 5.

4 *Discurso a la Rota Romana*, 21 de enero de 2012.

5 Cf. *Discurso a la Rota Romana*, 27 de enero de 2022.

En un libro textos y comentarios sobre los mensajes del Papa Francisco

Cómo escuchar y ha

Comunicar. 20 periodistas en diálogo con el Pontífice (Librería editorial vaticana, 2024, páginas 188, euros 17) es el título del libro -editado por Vincenzo Varrigona y Salvatore Di Salvo- que recoge los diez mensajes del Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales comentados por algunos periodistas y comunicadores italianos: Nello Scavo, Salvo Noè, Andrea Tornielli, Mariagrazia Villa, Maurizio Molinari, Sara Lucaroni, Andrea Monda, Giuseppe Fiorello, Marco Damilano, Luciano Fontana, Aldo Cazzullo, Paolo Borrometi, Marco Ansaldo, Marco Girardo, Alessandro Banfi, Carlo Bartoli, Alessandra Costante, Asmae Dachan, Agnese Pini, Gianni Riotta, Simone Massi. Publicamos, a continuación, extractos del prefacio del volumen escrito por el Prefecto del Dicasterio para la Comunicación.

PAOLO RUFFINI

Comunicar no es sólo conectar. En prácticamente todos sus Mensajes para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, el Papa Francisco ha repetido esta advertencia, convirtiéndola en el "hilo rojo" de su magisterio. No basta con conectar. Es necesario cuidar. *Tó share y to care.* *Tó share:* el mundo de la televisión ha reducido el share a un número que mide una masa; a un índice que sirve para ponderar el valor de las inversiones publicitarias. En cambio, si hay una grandeza que medir, es la de la plenitud, la de la belleza, la de este share. Es una grandeza que reside en su unicidad. *Tó care,* me importa: el mundo actual casi ha borrado la idea de que me pueda interesar por algo que no sea nuestro propio interés. A lo sumo nos preocupamos por la forma en que el progreso parece gratificar nuestros deseos. Estamos tan fascinados por el catálogo de posibilidades que la tecnología de la comunicación digital despliega ante nuestros ojos, que corremos el riesgo de quedarnos al final sin palabras, sin gestos, sin imágenes, sin nada que comunicar, prisioneros de nosotros mismos, de nuestros miedos, de nuestro narcisismo; encarnando la paradoja del máximo de conexión y el mínimo de comunicación; cambiando la forma por el contenido. En este marco se inscriben los *Mensajes del*

Papa Francisco para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales.

La Iglesia siempre ha considerado la comunicación coesencial a su misión; y siempre ha aceptado el desafío de los tiempos.

Podríamos citar las Cartas de san Pablo, Santiago, san Pedro y san Juan como primera forma de comunicación junto con los Evangelios. Y los Hechos de los Apóstoles como narración, comunicación fruto de la comunión. Podríamos encontrar en la Regula pastoralis del Papa Gregorio I de 590 una hermosa reflexión teológico-pastoral sobre los criterios para discernir - con el corazón - cuándo hablar y cuándo callar: "Sea el pastor sagaz en callar y pronto en hablar, para no decir lo que se debe callar y no pasar por alto en silencio lo que se debe revelar".

E incluso podríamos encontrar en esta cita tan lejana a nosotros una resonancia con lo que escribe el Papa Francisco en su Mensaje del 2023 sobre el deber de no tener miedo a proclamar la verdad, aunque a veces resulte incómodo, y al mismo tiempo también el deber de guardarse de hacerlo sin caridad, sin corazón.

Una cosa sobre todo nos repite Francisco cada año con sus Mensajes; y es exactamente ésta: la importancia de comunicar con el corazón, de "hablar con el corazón", de escuchar con el corazón, de callar también con el corazón.

Como escribe el Papa en su Mensaje del 2017: "Ya nuestros antiguos padres en la fe hablaban de la mente humana como de una piedra de molino que, movida por el agua, no se puede detener. Quien está al mando del molino, sin embargo, puede decidir si muele trigo o cizaña. La mente humana está siempre en acción y no puede dejar de "moler" lo que recibe, pero nos corresponde a nosotros decidir qué material proporcionar (cf. Casiano el Romano, *Carta a Leoncio el Higümeno*)".

"Todos estamos llamados a buscar y decir la verdad y a hacerlo con caridad (...) a guardar la lengua del mal (cf. *Sal 34,14*)" (Francisco, *Mensaje para la LVII Jornada de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero de 2023).

Escuchar es, sin embargo, el primer ingrediente indispensable del diálogo y de la buena comunicación. No se comunica si

antes no se ha escuchado y no se hace buen periodismo sin saber escuchar (cf. Francisco, *Mensaje para la LVII Jornada de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero del 2022).

Impensables hace sólo unas décadas. Pero hay - siempre habrá - cosas que la tecnología no puede sustituir. Como la libertad. Como el milagro del encuentro entre personas. Como la sorpresa de lo inesperado. La conversión. La chispa del ingenio. El amor gratuito. He aquí la raíz de toda comunicación. Por eso la conexión por sí sola no basta.

Se suele hablar de la comunicación de manera funcional.

La enseñanza de la Iglesia es casi lo contrario.

Puede haber marketing, publicidad, conexión. Pero sin conexión real no hay verdadera comunicación.

Aquí se encuentra la verdadera razón de la crisis de los medios de comunicación.

Las dinámicas de los medios de comunicación y del mundo digital - escribe el Papa Francisco en *Laudato si'* - cuando se vuelven omnipresentes, no favorecen el desarrollo de la capacidad de vivir con sabiduría, de pensar en profundidad, de amar con generosidad. Los grandes sabios del pasado, en este contexto, correrían el riesgo de ver sofocada su sabiduría en medio del ruido dispersivo de la información".

Estamos inundados de información no verificada, sin contexto, sin memoria, sin lectura consciente.

La primacía de la velocidad impide a menudo el control, la verificación, el discernimiento. Alimenta el parloteo.

En una época en la que la tecnología corre el peligro de convertirse en tecnocracia, deberíamos ser testigos de un nuevo humanismo cristiano, en el que la tecnología sea para el hombre y no contra el hombre.

El mundo digital no se detiene. Depende de nosotros orientarlo hacia el bien.

No será un algoritmo el que nos revele el bien. En todo caso, nos corresponde a nosotros dirigir el algoritmo hacia el bien.

A esto responde también el Papa Francisco, cuando nos invita a utilizar el amor (lo único que excluyen las máquinas y los algoritmos) como norma también de nuestra manera de decir la verdad.



El problema al que nos enfrentamos es: ¿cómo se puede ser cautivador sin convertirse en malvado, cómo se puede generar información que no degenera, cómo se puede evitar ser cómplice de una falsa interpretación de la realidad? ¿Cómo discernir lo que es verdad de lo que no lo es, la verdad de la post-verdad, los acontecimientos de los pseudo-eventos, los hechos de los factoides? Creo que la solución está en redescubrir la importancia de estar sobre la vida, plenamente presentes, en lugar de simplemente en la línea.

Varias veces el Papa Francisco ha invitado a los comunicadores a evitar los excesos de los eslóganes, que en lugar de poner en marcha el pensamiento lo anulan; y a tomar el largo camino del entendimiento en lugar del corto que cree encontrar inmediatamente o bien a los salvadores del país, capaces de resolver por sí solos todos los problemas, o bien a chivos expiatorios sobre los que descargar toda la responsabilidad. Muchas veces ha advertido contra la con-

Francisco para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

Hablar con el corazón



de la comunicación en términos de proximidad: "Incluso el mundo de los medios de comunicación no puede ser ajeno al cuidado de la humanidad y está llamado a expresar ternura. La red digital puede ser un lugar rico en humanidad, una red no de cables sino de personas humanas".

En este comienzo ya está todo. Y hay sobre todo entre líneas el reconocimiento de la comunicación (y del periodismo) como misión, como afirma en el Mensaje del 2015: "En un mundo en el que tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra la discordia, se contamina con chismes (...) bendecir en lugar de maldecir, visitar en lugar de rechazar, acoger en lugar de combatir es la única manera de romper la espiral del mal, para testimoniar que el bien siempre es posible".

Aunque consciente del extraordinario poder de la tecnología, y también de la retórica, el Papa Francisco rechaza ambas tentaciones: la tecnocrática y la propagandística. "No es la tecnología la que determina si la comunicación es auténtica o no, sino el corazón del hombre y su capacidad de usar bien los medios a su disposición" (Francisco, *Mensaje para la L Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero del 2016).

El marketing no es el modelo de la buena comunicación. Sino el testimonio de quien sabe ver, de quien sabe escuchar, de quien sabe hacerse prójimo.

Esta es también la mejor manera de luchar contra las fake news:

El mejor antídoto contra las falsedades no son las estrategias, sino las personas, personas que, libres de la codicia, están dispuestas a escuchar, y permiten que la verdad emerja a través de la fatiga de un diálogo sincero; personas que, atraídas por el bien, se responsabilizan en el uso del lenguaje. Si el camino para evitar la expansión de la desinformación es la responsabilidad, quien tiene un compromiso especial es el que por su oficio tiene la responsabilidad de informar, es decir: el periodista, custodio de las noticias. Este, en el mundo contemporáneo, no realiza sólo un trabajo, sino una verdadera y propia misión. Tiene la tarea, en el frenesí de las noticias y en el torbellino de las primicias, de recordar que en el centro de la noticia no está la velocidad en darla y

el impacto sobre las cifras de audiencia, sino las personas. Informar es formar, es involucrarse en la vida de las personas. (Francisco, *Mensaje para la LII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero de 2018).

En el mundo hiperconectado y fragmentado, esta es - según Francisco - la red que deben tejer los hombres y mujeres de buena voluntad comprometidos en la comunicación, "una red hecha no para atrapar, sino para liberar" (Francisco, *Mensaje para la LIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero del 2019); para compartir historias que exigen ser compartidas, contadas, hechas para vivir en cada tiempo, en cada lengua, en cada medio (cf. Francisco, *Mensaje para la LIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero del 2019).

Entre las cosas maravillosas de las que es capaz el alma humana, antes que cualquier invención técnica, está ésta de hecho: la capacidad de compartir.

En un momento tan oscuro para la historia de la humanidad, sólo compartiendo de verdad podemos encontrar el modo de devolver el alma a todo maravilloso invento técnico y a nuestra comunicación.

Sólo así la comunicación se convierte en comunión y abre verdaderos procesos de desarrollo del bien, de la paz.

No se trata - como ha dicho el Papa Francisco - de promover un periodismo "bienhechor" que niegue la existencia de problemas graves y adopte tonos cursis. Sino, por el contrario, un periodismo sin fingimientos, hostil a las falsedades, a los latiguillos y a las declaraciones grandilocuentes; un periodismo hecho por la gente y para la gente; un periodismo que no queme la noticia, sino que se comprometa en la búsqueda de las causas reales de los conflictos, para promover la comprensión de los mismos desde sus raíces y su superación; un periodismo comprometido en señalar soluciones alternativas a la escalada de clamores y violencia verbal.

Por eso, inspirado en una oración franciscana, Francisco - en los Mensajes del 2018 y del 2021 - escribió dos oraciones para el periodismo que desafían incluso a los no creyentes a emprender un viaje y que son la mejor conclusión a estas líneas.

Señor,

haznos instrumentos de tu paz.

Haznos reconocer el mal que se insinúa en una comunicación que no crea comunión.

Haznos capaces de quitar el veneno de nuestros juicios.

Ayúdanos a hablar de los otros como de hermanos y hermanas.

Tú eres fiel y digno de confianza; haz que nuestras palabras sean semillas de bien para el mundo:

donde hay ruido, haz que practiquemos la escucha;

donde hay confusión, haz que inspiremos armonía;

donde hay ambigüedad, haz que llevemos claridad;

donde hay exclusión, haz que llevemos el compartir;

donde hay sensacionalismo, haz que usemos la sobriedad;

donde hay superficialidad, haz que planteemos interrogantes verdaderos;

donde hay prejuicio, haz que suscitemos confianza;

donde hay agresividad, haz que llevemos respeto;

donde hay falsedad, haz que llevemos verdad.

(Francisco, *Mensaje para la LII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero de 2018)

Señor, enséñanos a salir de nosotros mismos,

y a encaminarnos hacia la búsqueda de la verdad.

Enseñanos a ir y ver,

enseñanos a escuchar,

a no cultivar prejuicios,

a no sacar conclusiones apresuradas.

Enseñanos a ir allá donde nadie quiere ir,

a tomarnos el tiempo para entender,

a prestar atención a lo esencial,

a no dejarnos distraer por lo superfluo,

a distinguir la apariencia engañosa de la verdad.

Danos la gracia de reconocer tus moradas en el mundo

y la honestidad de contar lo que hemos visto.

(Francisco, *Mensaje para la LV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 23 de enero de 2021)

fianza en quien dice las cosas a medias, porque desinforma con la coartada de informar, impide juzgar con precisión sobre la realidad e induce al error.

Muchas veces ha estigmatizado la alternancia entre dos males opuestos, igualmente nocivos: el alarmismo catastrofista y el desentendimiento consolador, el más grave de los cuales es la desinformación, porque conduce al error, a equivocarse; lleva a creer sólo una parte de la verdad.

Ahora la inteligencia artificial nos desafía. Pero la inteligencia humana tiene un recurso que la máquina no tiene: el corazón, el sentimiento.

"La comunicación es (...) un logro más humano que tecnológico", afirmaba Francisco en el 2014, con su primer Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Y lo hizo eligiendo sorprendentemente una parábola distinta de las que habitualmente se utilizan para hablar de la comunicación, la del Buen Samaritano, porque nos ayuda - dijo - a pensar en el poder

Sobre el mensaje de Francisco para la Jornada Mundial de la Paz

La inteligencia artificial necesita “lectura”

Publicamos, a continuación, esta reflexión del cardenal prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral publicada el pasado viernes 12 de enero en la revista canadiense «Globe and Mail» de Toronto.

MICHAEL CZERNY

A veces el analfabetismo parece ser la mejor opción. No me refiero al analfabetismo propiamente dicho, que representa una terrible carga, sino a nuestra propensión a evitar “leer” la realidad social y cultural que nos rodea.

El Mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de la Paz 2024, Inteligencia artificial y paz, identifica los desafíos que las nuevas tecnologías plantean a la construcción de un mundo más justo y fraterno. No es una lectura fácil, y tampoco debería serlo.

El Papa Francisco ve en la inteligencia artificial un «signo de los tiempos», un rasgo distintivo del presente, que continúa evolucionando y presagia transformaciones aún mayores en el futuro. La expresión «signo de los tiempos» indica una nueva realidad humana, que emerge de lo que sucede a nuestro alrededor, más o menos prometedora, más o menos amenazadora, para ser interpretada a la luz de nuestra fe (independientemente de lo que creamos). Esto puede dar lugar a juicios diferentes: algunos positivos, otros negativos y otros, como en este caso, mixtos.

Como signo de los tiempos, la inteligencia artificial, al igual que las demás expresiones del ingenio humano, necesita un examen cuidadoso para asegurarse de que esté realmente al servicio del bien común, que proteja la dignidad inalienable de la persona humana y promueva sus derechos fundamentales. Estas son las lentes que necesitamos para poder “leer” la

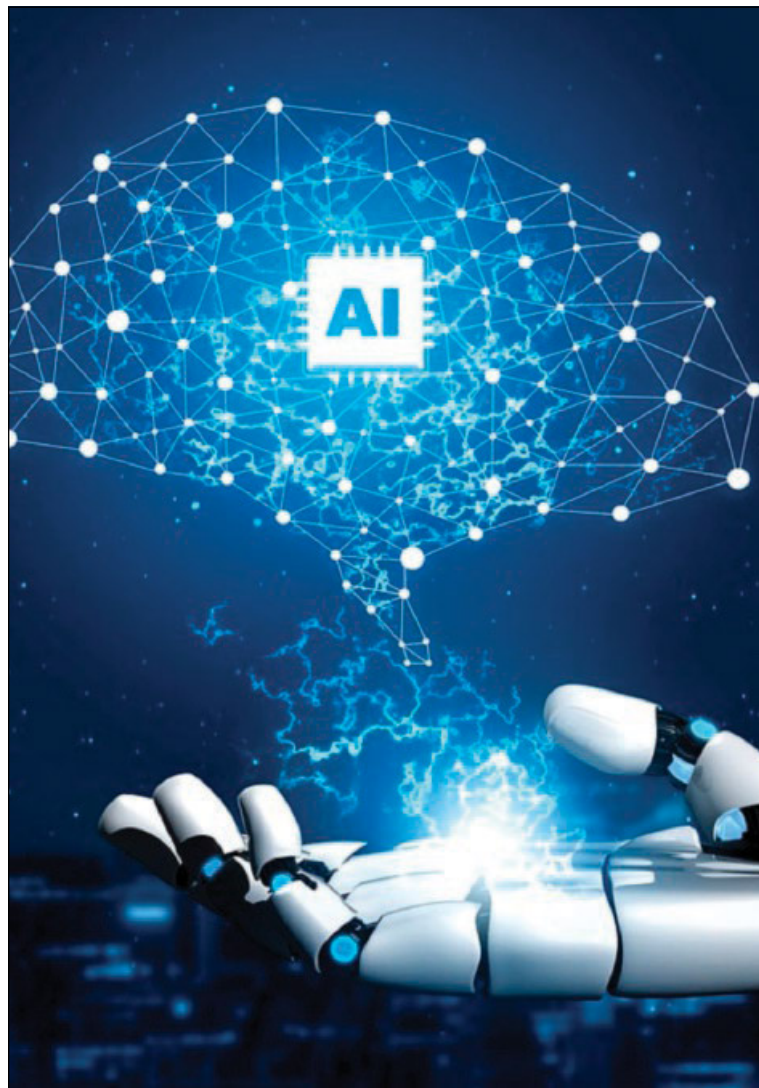
realidad en la que vivimos, que determinamos y que nos determina. Las formas de inteligencia artificial que existen actualmente ya ejercen una enorme influencia, y seguirán haciéndolo cada vez más. No podemos predecir, y apenas podemos imaginar, las nuevas aplicaciones y el impacto que tendrán en nuestra vida personal y social, en la política y la economía, en la cultura y el medio ambiente. Dado que no sabemos a dónde llevará la IA a la familia humana, todos deben estar mejor informados, para poder expresar su opinión y asumir sus responsabilidades. En resumen, el analfabetismo no es una opción.

El Papa Francisco no es un ludita. Toma nota de forma positiva de la contribución que el progreso científico y tecnológico ha hecho a la humanidad. Estos logros han demostrado ser valiosos para servir a las personas, su dignidad y sus derechos.

Al mismo tiempo, no debemos comparar el progreso tecnocientífico con una herramienta neutral. Al igual que con el martillo, una herramienta contribuye al bien o al mal no en función de las intenciones de quien la produce, sino de quien la utiliza. Las tecnologías digitales basadas en la inteligencia artificial, por otro lado, incorporan los valores individuales y sociales de sus desarrolladores; y, al hacerlo, reflejan y dan forma a los valores de sus usuarios.

El Papa Francisco denuncia el «paradigma tecnocrático», un uso sin escrúpulos de la tecnología gobernado exclusivamente por el afán de lucro y por intereses partidistas. Si la única regla que rige la IA es este paradigma, esto terminará provocando daños colaterales inauditos: desigualdades, injusticias, tensiones y trastornos.

Por lo tanto, como afirma el Papa en su mensaje, la inteligencia arti-



ficial plantea desafíos «técnicos, pero también antropológicos, educativos, sociales y políticos».

Lo que más deberíamos temer son, en particular, las inteligencias artificiales con fines bélicos. De hecho, además de ser cada vez más sofisticadas y destructivas, estas inteligencias eliminan la responsabilidad humana del escenario bélico. En última instancia, podría ser un algoritmo, y no una persona, quien apriete el gatillo o suelte una bomba.

La inteligencia artificial también puede suponer una amenaza para la justicia social. En el mundo del trabajo, por ejemplo, las “máqui-

nas del conocimiento” y la robótica están eliminando un número cada vez mayor de puestos de trabajo, lo que provoca un fuerte aumento de la pobreza y el número de desplazados.

En el ámbito de la información, existen nuevas formas de distorsionar deliberadamente las palabras, así como las imágenes, para desinformar e instrumentalizar. Enfoques que ponen en serio peligro el orden civil y el gobierno democrático.

La educación, subraya el Papa Francisco, es fundamental. Debemos asegurarnos de que quienes diseñan algoritmos y tecnologías

digitales sean más responsables. Debemos formar a todos, en particular a los jóvenes, para un uso consciente de las nuevas tecnologías, para una reflexión crítica sobre las repercusiones de estas últimas, especialmente para los pobres y el medio ambiente.

La supervisión y la regulación de las nuevas tecnologías son esenciales en todas sus fases, desde la concepción hasta la comercialización y el uso efectivo.

Para regular el desarrollo y el uso de la inteligencia artificial de manera responsable, se necesitan regulaciones efectivas dentro de los Estados, así como acuerdos multilaterales y tratados vinculantes. Como afirma el Papa Francisco a propósito de la crisis climática, «es necesario un marco diferente para una cooperación eficaz [...] para consolidar el respeto de los derechos humanos más elementales, de los derechos sociales y del cuidado de la casa común».

El Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2024 exhorta no solo a los destinatarios habituales -es decir, jefes de Estado, autoridades políticas, líderes de la sociedad civil-, sino también a todos los demás, a ejercer la corresponsabilidad en este momento histórico. No dejemos, por tanto, que sean los propietarios y desarrolladores quienes se ocupen de este asunto. Todos tenemos la responsabilidad de realizar una atenta «lectura» y de elegir bien, si queremos entregar a las generaciones futuras un mundo mejor y más pacífico. De los resultados destructivos y de las repercusiones desfavorables solo podremos culparnos a nosotros mismos; el “analfabetismo” no es una excusa.

Empecemos el año informándonos con valentía e interrogándonos profundamente sobre ello. Es, quizás, la apuesta más arriesgada para nuestro futuro.

La catequesis del Papa Francisco

Tristeza egoísta gusano del corazón



“Un demonio taimado” que los “padres del desierto describían como un gusano del corazón”, capaz de erosionar y vaciar “a quien lo alberga”. El Papa Francisco eligió una imagen fuerte para hablar de la tristeza en la audiencia general de la mañana del miércoles 7 de febrero, en el Aula Pablo VI. Continuando el ciclo de reflexiones sobre los vicios y las virtudes, el Pontífice se detuvo en esta aflicción “que se arrastra en el alma y la postra en un estado de abatimiento” impidiendo “al hombre experimentar la alegría”. He aquí el texto de la catequesis del Pontífice, que incluye también partes que no fueron leídas, pero que, no obstante, se consideran como pronunciadas.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro recorrido de catequesis sobre los vicios y las virtudes, hoy nos detenemos en un vicio bastante feo, la tristeza, entendida como un abatimiento del ánimo, una aflicción constante que impide al ser humano experimentar alegría por su propia existencia.

Ante todo, hay que señalar que, respecto a la tristeza, los Padres hacían una distinción importante. Hay, en efecto, una tristeza que conviene a la vida cristiana, y que

con la gracia de Dios se transforma en alegría: ésta, por supuesto, no debe rechazarse y forma parte del camino de conversión. Pero existe también un segundo tipo de tristeza que se insinúa en el alma y la postra en un estado de abatimiento: es este segundo tipo de tristeza el que hay que combatir resueltamente y con todas las fuerzas, porque procede del Maligno. Esta distinción la encontramos también en San Pablo, que cuando escribe a los Corintios dice lo siguiente: «La tristeza que proviene de Dios produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y no se debe lamentar; en cambio, la tristeza del mundo produce la muerte» (2 Cor 7,10). Hay, entonces, una tristeza amiga que nos lleva a la salvación. Pensemos en el hijo pródigo de la parábola: cuando toca el fondo de su degeneración, experimenta una gran amargura, y esto le impulsa a recapacitar y a decidir volver a la casa paterna (cfr. Lc 15, 11-20). Es una gracia gemir por los propios pecados, recordar el estado de gracia del que hemos caído, llorar porque hemos perdido la pureza con la que Dios nos soñó.

Pero hay una segunda tristeza, que

es una enfermedad del alma. Surge en el corazón humano cuando se desvanece un deseo o una esperanza. Aquí podemos referirnos al relato de los discípulos de Emaús. Aquellos dos discípulos salen de Jerusalén con el corazón desilusionado, y se confían al forastero, que en cierto momento los acompaña: «Nosotros esperábamos que fuera él - o sea, Jesús - quien librara a Israel» (Lc 24,21). La dinámica de la tristeza está ligada a la experiencia de la pérdida. En el corazón del ser humano nacen esperanzas que a veces se ven defraudadas. Puede tratarse del deseo de poseer algo que no se puede conseguir, pero también de algo importante, como la pérdida de un afecto. Cuando esto sucede, es como si el corazón del ser humano cayera en un precipicio, y los sentimientos que experimenta son desánimo, debilidad de espíritu, depresión, angustia. Todos pasamos por pruebas que nos generan tristeza, porque la vida nos hace concebir sueños que luego se hacen añicos. En esta situación, algunos, tras un tiempo de agitación, se apoyan en la esperanza; pero otros se regodean en la melancolía, dejando que ésta se pudra en sus

corazones. ¿Se siente placer en esto? Verán: la tristeza es como el placer del no-placer; es como tomar un caramelo amargo, sin azúcar, malo, y chupar ese caramelo. La tristeza es el placer del no-placer. El monje Evagrio explica que todos los vicios persiguen un placer, por efímero que sea, mientras que la tristeza disfruta de lo contrario: del adormecerse en una tristeza sin fin. Ciertos lutos prolongados, en los que una persona sigue agrandando el vacío de quien ya no está, no son propios de la vida en el Espíritu. Ciertas amarguras resentidas, en las que una persona tiene siempre en mente una reivindicación que le hace adoptar el papel de víctima, no producen en nosotros una vida sana, y menos aún cristiana. Hay algo en el pasado de todos que necesita ser sanado. La tristeza, de ser una emoción natural, puede convertirse en un estado de ánimo maligno. Es un demonio taimado, el de la tristeza. Los padres del desierto la describían como un gusano del corazón, que roe y vacía a quien lo alberga. Esta imagen es buena, nos ayuda a comprender.

Entonces, ¿qué debo hacer cuando estoy triste? Detenerte y ver: ¿esta tristeza es buena? ¿No es una buena tristeza? Y reaccionar según la naturaleza de la tristeza. No se olviden de que la tristeza puede ser algo muy malo que nos lleva al pesimismo, nos lleva a un egoísmo que difícilmente se cura.

Hermanos y hermanas, debemos tener cuidado con esta tristeza y pensar que Jesús nos trae la alegría de la resurrección.

Por muy llena que esté la vida de contradicciones, de deseos incumplidos, de sueños no realizados, de amistades perdidas, gracias a la resurrección de Jesús podemos creer que todo se salvará. Jesús ha resucitado no sólo para sí mismo, sino también para nosotros, a fin de rescatar todas las felicidades que no se

han realizado en nuestras vidas. La fe expulsa el miedo, y la resurrección de Cristo quita la tristeza como la piedra del sepulcro. Cada día del cristiano es un ejercicio de resurrección. Georges Bernanos, en su famosa novela Diario de un cura rural, hace decir al párroco de Torcy lo siguiente: “La Iglesia dispone de la alegría, de toda esa alegría que está reservada a este triste mundo. Lo que han hecho contra ella, lo han hecho contra la alegría”. Y otro escritor francés, León Bloy, nos dejó esta maravillosa frase: “No hay más que una tristeza, [...] la de no ser santos”. Que el Espíritu de Jesús resucitado nos ayude a vencer la tristeza con la santidad.

“No olvidemos” los conflictos en el mundo, “no olvidemos la atormentada Ucrania, Palestina, Israel, los Rohingya, muchas, muchas guerras que hay por todas partes”. El deseo de paz del Papa Francisco sigue brotando del corazón, con un llamamiento improvisado. En la audiencia general del miércoles 7 de febrero, el Pontífice volvió a pedir oraciones por esta intención a los fieles presentes en el Aula Pablo VI y a quienes le siguen a través de los medios de comunicación: “La guerra es siempre una derrota, siempre”, reitera; y luego exhorta: “Recemos por la paz. Necesitamos la paz”.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. El próximo domingo celebramos la Jornada Mundial del Enfermo. Pidamos a María, Salud de los enfermos, por todos los que sufren, para que sepan poner su confianza en Dios, experimentando la alegría de saberse amados por Él. Que Dios los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Y no olvidemos las guerras, no olvidemos la atormentada Ucrania, Palestina, Israel, los Rohingya, muchas, muchas guerras que hay por doquier. Recemos por la paz. La guerra es siempre una derrota, siempre. Recemos por la paz. Se necesita la paz.